

MEMORIAS

Pensar en carne viva

Enrique Ocaña repasa magistralmente en *Confesiones de un filósofo desaparecido...* su vida como "politoxicómano bipolar"



Un adicto a la heroína en Filadelfia (EE UU). SPENCER PLATT (GETTY IMAGES)

POR CARLOS PARDO

Estoy a punto de cumplir 45 años. Mi infancia fue feliz; mi adolescencia sólo se vio truncada con la ruina económica de mi padre, su depresión y su posterior muerte, cuando yo tenía unos 17 años. Hasta los 13 estudié en un colegio del Opus, sin saber siquiera lo que significaban tales siglas. Durante el instituto fui un alumno ejemplar, en la universidad obtuve el premio extraordinario de doctorado y durante años he seguido un programa de administración de metadona. Me han diagnosticado como politoxicómano bipolar.

En el arranque de *Confesiones de un filósofo desaparecido en combate* ya están todas las líneas temáticas que van a desarrollarse, así como algo quizá más determinante, la tonalidad: su franqueza. Porque quien fuera uno de los filósofos jóvenes más prometedores de los años noventa, Enrique Ocaña (Valencia, 1965), autor de *El Dioniso moderno y la farmacia utópica* (1993) y *Sobre el dolor* (1997), practica en estas *Confesiones* una profunda disección de su vida "neuronal" en horas bajas, cuando ha caído en desgracia y vive "recluido en soledad". Pero al terminar de leerlo, uno tiene la certeza de que el "desaparecido" para la Academia nunca ha estado más cerca de la momentánea verdad de las cosas como en este libro.

Confesiones, breve y prismático, reconoce su modelo en *Confesiones de un inglés comedor de opio*, de De Quincey. Puede leerse como una autobiografía psíquica con calas en el historial médico, pero también es una penetrante fenomenología de las drogas: en particular, de los opiáceos. Asimismo es la crónica de un desclasamiento familiar en la España del desarrollismo: Ocaña es hijo de madre gitana, coplista y bailaora, y del vástago de una familia valenciana de la burguesía empresarial. Y finalmente, *Confesiones* es

una celebración de la vida sin profíllax, de los bajos fondos y la amistad del autor con el gran poeta Miguel Ángel Velasco, otro "hermoso vencido".

El estilo fragmentario y digresivo sirve para reforzar el cálculo de tensiones de una narración que se juega en varios frentes a la vez, pero también ayuda a la cohesión un recurso predilecto de Ocaña: la invocación a una segunda persona más poética que retórica (pienso en Cernuda), un tú que es consecuencia de una doble renuncia: Ocaña esquiva a la vez el "pathos de la distancia", del que abusan los filósofos cuando la vida los supera, y el victimismo de quien elude su capacidad de formular conceptos arriesgados, de desenmascarse. Porque *Confesiones* es un poderoso ejercicio de desdoblamiento con un gran sentido moral, un libro único en la literatura española con, por momentos, la potencia de un clásico.

¿Cómo un libro sobre las drogas se convierte, finalmente, en un tratado ético contra la vanidad del pensamiento y una relectura crítica del proyecto ilustrado de autonomía, un libro contra el puritanismo y la presbicia moral? Conviene matizar la adscripción genérica: si esto es un "ensayo" (ha sido publicado en una colección de pensamiento), lo es en el sentido vivido que le dan Montaigne y Adorno, una obra expuesta al error y a la transformación, a forzar sus límites. No en vano Ocaña es traductor de Odo Marquard, Ernst Jünger, Jean Améry..., maestros del pensamiento encarnado. Y en *Confesiones* el pensamiento es una cualidad inseparable de la experiencia, es la costura (y el destejer) de la experiencia, así como una de las más altas formas de literatura.

Confesiones de un filósofo desaparecido en combate
Enrique Ocaña

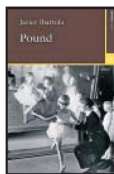
Pre-Textos, 2018. 128 páginas. 15 euros

NARRATIVA

Fotos de Europa

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

Hay un género en la narrativa en español de las últimas décadas que yo definiría como de "corriente europea". Son novelas que hablan con voz propia de sucesos ocurridos fuera de nuestras fronteras, en tiempos históricos diferentes o en los bordes de la Segunda Guerra Mundial. En algunas de ellas no faltan referencias al Holocausto. Tenemos así novelas de Adolfo García Ortega, J. A. González Sainz, los últimos títulos de Eduardo Halfon y Almudena Grandes, Felipe Hernández, Andrés Neuman, Juana Salaber o Clara Usón. En España, en lengua catalana, hay que citar *Yo confieso*, de Jaume Cabré. Aludo a estos autores porque la primera novela de Javier Ibarrola (1962), *Pound*, se desenvuelve dentro de este no tan exótico terreno. Si hay algo que agradecer a los autores citados es la naturalidad con que han acometido sus historias. En ninguno de ellos, independientemente de su factura estética final, hay la más mínima sombra de timidez argumental. Que una novela escrita en castellano esté ambientada en Europa del Este ya no suena raro. *Pound* certifica esta afirmación. Ibarrola urde una trama histórica sin caer nunca en la novela histórica. Hablamos de una novela de ideas sobre el mal y la culpa. Joseph Pound es un escritor alemán que afianzó su prestigio en Norteamérica escribiendo sólo en inglés. A su vez, tenemos a Pedro Zúñiga, un fotógrafo español que conoce a Pound gracias a los buenos oficios de Raquel, una sobrina del escritor con quien el fotógrafo ha mantenido una relación en el pasado. Zúñiga quiere fotografiar a Pound, pero necesita hablar con él, hacerse una idea humana del personaje. Así vamos asistiendo a varios escenarios, el del romance entre el fotógrafo y Raquel, el de Pound de niño junto a la madre de Raquel en el Berlín nazi bajo el fuego soviético, el Berlín del Muro... Así hasta desvelar por qué Pound ha forjado toda su literatura con paisajes humanos y físicos neoyorquinos y no europeos. ¿Por qué ese vacío histórico? ¿Por qué una parte de su vida ocultada? Pound es una novela exquisitamente escrita. Un paseo por el amor y la muerte descrito con una delicadeza doliente y conmovedora.



Pound

Javier Ibarrola
Menoscuarto, 2018
272 páginas. 19 euros



Fotograma de *Los siete samuráis*, de Akira Kurosawa.

NARRATIVA

Esa criatura llamada padre

POR LAURA FERNÁNDEZ

Sibylla es un genio, pero no le sirve de mucho serlo. Ve de forma compulsiva el clásico de Akira Kurosawa *Los siete samuráis* y teclaa sin descanso porque cada minuto sin teclaar es dinero que pierde y necesita el dinero para comer y para comprar libros, y también lo necesita para comprar billetes de metro. Sibylla pasa horas en el metro porque en casa hace frío. Y no quiere que su hijo pase frío. Sí, Sibylla tiene un hijo, Ludo. Ludo es la razón de que tuviera que dejar todo lo que empezó en Oxford para trabajar de cualquier cosa, enseñada. Si decidió que sería secretaria fue porque Rilke también lo había sido. Sólo que Rilke había sido secretario de Rodin. Y ella lo es de una tipa que ni siquiera escribe bien.

Ludo tiene un padre, claro, y es un escritor famoso que no sabe nada de Ludo. Y Ludo es un niño prodigio. Sibylla ya ha perdido la cuenta de cuántas lenguas habla. Ludo está fabricándose una espada de bambú de conocimiento para poder batirse en duelo con su padre cuando por fin lo conozca.

¿Existe un narrador en *El último samurái*? Sí, pero es uno genialmente mutante. Hay, se diría, tantas cabezas en la novela como personajes, y buena parte de ellas son cabezas de padres. Los posibles padres a los que Ludo somete a su peculiar duelo (que siempre se inicia con un "Soy tu hijo" y continúa con un "No, ¿en serio? / Me tomas el pelo / Eres igualito a mí"), y el lector las ocupa todas, porque la novela es una red sináptica en expansión; una pequeña guía introductoria a un puñado de idiomas (griego, japonés, inuit); un simulacro de la vida de una madre que no puede trabajar porque su hijo no deja de interrumpirla (la imposibilidad de la conciliación familiar; o, mejor, de la soledad y la maternidad); un vistazo al cerebro (triste) de un niño (triste) (pero) superdotado.

Una, en definitiva, brillantísima aproximación experiencial —construida ante el lector— a esa criatura llamada Padre. Leyéndola se llega a la conclusión de que Helen DeWitt (Takoma Park, Maryland, Estados Unidos, 1957) no sólo debería haber formado parte de la *next generation*, sino que debería haber ocupado el podio, junto a David Foster Wallace y George Saunders.

El último samurái

Helen DeWitt. Traducción de Gemma Moral Bartolomé
Literatura Random House, 2018
512 páginas. 19,90 euros